



Desde hace varios siglos la pintoresca Isla de Taboga ha sido sitio de esparcimiento, como este concurrido paseo realizado en la primera década del siglo XX. Entre las elegantes damas identificamos a Julia Cucalón, Carmen Márquez, Matilde Uribe, Angelina de Alba, Esther Paredes, Teodolinda de Alba de Icaza, Agripina Márquez de Arias, Josefa Cucalón de Fábrega, Aminta de Estripeaut y Mercedes de Díaz y entre los caballeros se reconocen a Mario Preciado, Dr. Joaquín Arias, Leignadier, Enrique A. Jiménez, exPresidente de la República, Arturo de Alba, Ramón Márquez, Rodolfo Estripeaut, Fabricio de Alba, Ricardo Arias, Enrique Cucalón, Alejandro de Alba, Pablo Gaspar Arosemena y Antonio Cucalón. La fotografía fue tomada por don Carlos Endara frente al parque. Lamentablemente la antigua residencia ubicada a la derecha, posiblemente de propiedad de alguno de los presentes, fue demolida hace algunos años.

Una niña en la construcción del Canal:

KATHRYN DIERKES BREWER

Por Stanley Heckadon-Moreno

Esta es la segunda entrega de los recuerdos de infancia de Kathryn Dierkes Brewer quien pasó parte de su infancia en Panamá, durante los años de la construcción del Canal. Kathryn (1906-1982) era hija del ingeniero mecánico John E. Dierkes y Marie La Croix, ambos de Filadelfia. El ingeniero Dierkes ayudó a construir las esclusas de Miraflores, Pedro Miguel y Gatún.

En la primera entrega de las memorias de Kathryn abarcamos desde que la familia Dierkes parte, en 1909, de Nueva York hasta desembarcar en el puerto de Cristóbal. Luego al viajar en tren a través del istmo hasta su nuevo y extraño hogar, el campamento de Paraíso a orillas del canal.

Antes de proceder me es obligante agradecer a Lina González, del laboratorio de imágenes del Instituto Smithsonian del investigaciones Tropicales y a Diego Heckadon Martinelli por su apoyo en la traducción de partes del diario de Kathryn Dierkes.

Retomemos nuevamente las memorias de Kathryn cuando su familia está por instalarse en el campamento de Pedro Miguel, a metros del canal y la línea del ferrocarril de Panamá. Es el año de 1910 o 1911.

Pedro Miguel

De Paraíso fuimos transferidos a Pedro Miguel. Teníamos el mismo tipo de casa con el mismo tipo de muebles. Si le preguntábamos al encargado de las viviendas (quartermaster) que sacara algunos muebles para poder usar algunos de los nuestros, al mudarnos teníamos que volver a regresar todos los muebles y dejar los exactamente en el mismo sitio donde habíamos estado antes de nuestra mudanza. Sabías que vivías bajo el mando militar. Siempre el Gobernador era un Coronel. Cada trabajo importante estaba a cargo de un oficial del Ejército o de la Marina. Ellos nada sabían del tipo de trabajo que mi papá y otros trabajadores civiles hacían y a quienes llamaban asistentes. Los militares sólo se quedaban pordos o tres años y cuando partían sabían casi nada que cuando habían llegado. Esto no aplicaba a los Gobernadores. Goethals fue el primero y se quedó hasta que terminaron las obras. El era un ingeniero de primera y todos lo querían y respetaban. Pero en general no había mucho amor entre militares y civiles.

Salud y enfermedades

Fue por estos tiempos que comencé a formarme mis propias memorias de todo esto. Mi primera fue en Pedro Miguel



La niña sentada sobre los durmientes del ferrocarril es Kathryn Dierkes, hija del ingeniero mecánico John E. Dierkes y Marie LaCroix. Aquí los Dierkes y otras familias parecen disfrutar de un picnic a la sombra de cocoteros, en algún punto de las obras del Canal de Panamá. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer.



El Ingeniero mecánico John E. Brewer (1877 - 1941) en su uniforme de ingeniero. Panamá, circa 1910-1911. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer

y que estaba muy enferma con un caso muy virulento de varicela. Me cubrieron ambas manos con bandas de gaza para

que no me rascara y se me descascarilla-se la piel.

Desde el punto de vista de la salud, vivir en la zona del canal aún era bastante peligroso. La fiebre amarilla todavía era una amenaza y la malaria también. Frecuentemente mamá y papá fueron hospitalizados con malaria, pero ni mi hermana ni yo la contrajimos lo que fue considerado bastante notable. La mayoría de los niños se infectaban con lombrices, pero como a nosotras nunca nos dejaban salir de la casa descalzas escapamos de ellas. Según pasaban los años, todas estas cosas fueron conquistadas y hasta las enfermedades infantiles más comunes se hicieron menos usuales, salvo que alguien las trajese al regresar de vuelta de su viaje a Estados Unidos.

Primeros días en la escuela

Al cumplir cinco años y abrir la escuela de repente me di cuenta que ya no había nadie con quien jugar, salvo por un niño al otro lado de la calle quien también tenía cinco. No había kindergarden y no nos dejaban entrar a primer grado. El y yo nos parábamos en el porch delantero de nuestras casas a berrear largo y duro desde las 9 a.m. hasta las 3 p.m. Finalmente, nuestros padres no pudieron resistirlo más y suplicaron al superintendente de la escuela que nos ayudara. Así que a los 5 años y 2 meses fui admitida a primer grado.

El primer día fue un desastre total y

casi decidí renunciar. La maestra me dijo que si necesitaba ir al baño un ratito debía levantar un dedo y dos dedos si era por un rato largo. A media mañana mi vejiga estaba llena. Me daba muchísima pena levantar mi dedo así que me levanté y salí corriendo. Cuando me preguntaron para donde iba dije que a tomar agua. Me dijeron que me sentara y que esperara el recreo. Varias veces traté el truco, pero la estúpida mujer nunca se dió cuenta de mi apuro. Finalmente, mi vejiga se soltó y anegó toda el área a mi alrededor. Todos los niños gritaron de risa y cantaban "Kathryn se mojó sus pantalones".

Yo rompí a llorar y salí huyendo para casa. Caminé por plena calle como un pato con mis piernas bien abiertas y llorando lugubrementemente.

"Epocas"
Segunda Era

Mario Lewis Morgan
DIRECTOR

Apartado 6972, Zona 5

Impreso en los talleres de La Prensa.
Sin responsabilidad editorial



Para la pequeña Kathryn las navidades era la mejor de las fiestas. Aquí casi ni podemos apreciarla bajo el árbol de navidad en una de sus primeras navidades en el istmo. Su hermana Marie está a la izquierda. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer.

Todas las mujeres salían de sus casas para ver si algo malo pasaba y pronto se enteraron. Sin duda, creo que ese fue el momento más penoso y humillante de mi vida.

La humedad, la comida y el comisariato

La humedad en los trópicos es increíble. En todos nuestros closets teníamos grandes bombillos, en jaulas de alambre, prendidos día y noche para que a nuestra ropa y artículos de hilo no les creciera moho. Toda la comida, azúcar, sal, levadura y los cereales se guardaban en "closets secos" (dry closets) que quiere decir que una luz ardía allí todo el tiempo. Si la sal y el azúcar se dejaban afuera durante la noche pronto se humedecían tanto que uno casi podía exprimirles el agua. Nues-

tro piano que era de los rectos tenía un bombillo prendido por encima y otro por debajo para mantener secas las teclas y cuerdas. En vez de alfombras teníamos petates y muebles de mimbre. Creánme, no hay nada más rudo en los pies de un niño que las esterillas, y nuestras nalguitas y espaldas pronto estaban moldeadas con cuadritos después de sentarnos en una silla de mimbre por un rato.

Aunque yo tenía una nana y teníamos una muchacha que lavaba, planchaba y limpiaba, mi mamá era la que cocinaba. Ha debido ser muy difícil preparar todos esas sabrosas y nutritivas comidas en la mesa, pero ella lograba hacerlas. Ella hasta cocinaba nuestro pan porque el que venía de los Estados Unidos ya tenía 7 días de viejo y a veces estaba mohoso. Toda la comida se compraba en el Comi-

sariato. Comprábamos libros de cupones para comprar pues no permitían el dinero. El Comisariato se dividía en dos secciones.

Sobre una puerta un letrero decía "Empleados de Oro (los blancos)", el letrero de la otra puerta decía "Empleados de Plata" (los negros).

En los primeros años los comisariatos sólo vendían comida, pero para el tiempo que mis padres se retiraron en 1939 se habían convertido en tiendas por departamentos y hasta vendían vajillas, ropa y joyería a una fracción de lo que podía costar en los Estados Unidos. Todo libre de impuestos.

Un cumpleaños y navidades en Miraflores

Durante los días de la construcción saltábamos de un pueblo a otro.

No es extraño que mayormente me acuerde de estos pueblos por experiencias traumáticas cuando era muy niña. Pero claro está, hubieron muchas memorias cálidas, felices y divertidas.

De Pedro Miguel nos fuimos a Miraflores, la más pequeña de las esclusas. De allí solo logro acordarme de otras dos familias; el doctor y el "quartermaster". Nuestra casa estaba entre la de ellos. Estoy segura que habían otras.

El doctor criaba gallinas. Una mañana encontré dos huevos en un hoyito bajo nuestra casa. Entusiasmada, los llevé a casa. Mi madre dijo que debían pertenecer al doctor y que tenía que llevárselos.

Como para mí las cosas eran de quien las encontraba, partí a devolverlos con un ánimo muy resentido. Comencé a golpear los huevos ligeramente uno contra otro y justo al llegar a la puerta se rompieron. Un golpe más al entrar por la puerta y ambos huevos se partieron por completo. Regresé a casa y le dije a mi mamá que había tenido mala suerte y que se habían roto.

Mientras vivimos allí tuve un cumpleaños y claro está, una fiestan muy bien preparada. Como vivíamos muy aislados la mayoría de los pequeños invitados tenían que venir por tren. Eso quería decir que todas las mamás también tenían que

venir. Eso fue un evento de gala y hubo muchos regalos. Las mamás solían competir unas con otras en dar los regalos más caros. Lo mismo ocurría en Navidades o cuando se regalaba a las maestras.

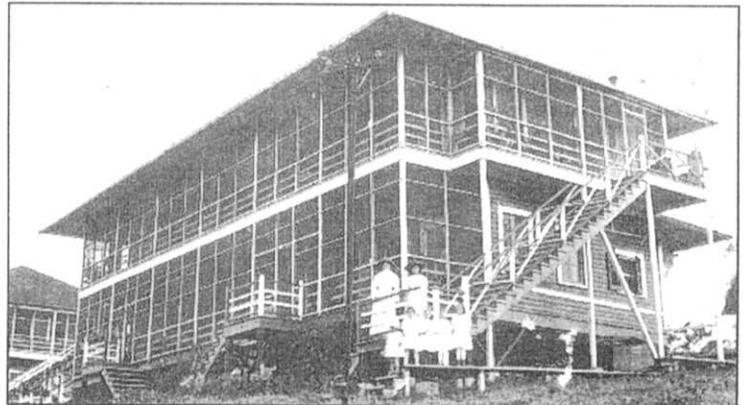
Mientras estábamos abriendo los regalos un hombre negro aparecía ante la puerta con una gran caja de confites. Dijo que era con los cumplidos del "quartermaster". Al quitarle la tapa saltaron como 30 o 40 ratoncitos en todas direcciones. Todas esas mujeres comenzaron a gritar y a pelearse por encontrar un espacio en las sillas, mesas y las camas. Para nosotros los niños eso fue lo máximo del día. En esos días los chistes "prácticos" eran la cosa de moda en el canal.

Nuestras Navidades eran lo mejor. Nunca veíamos nuestro árbol y regalos hasta la mañana de navidad. Luego de divertirnos admirándolo, nos sentábamos a desayunar. Cuando mi mamá pasaba detrás de mí con una gran jarra de café que acaba de sacar de la estufa, yo decidí echar otra mirada a mis regalos y brinqué. Le pegué a la jarra y el líquido hirviendo cayó sobre mi cuello, hombros y mi espalda. Así que partimos para el hospital donde me enrollaron en aceite y bandas.

Diablo

Por un tiempo estuvimos en otro pequeño pueblito - Diablo. Estábamos a unos doscientos pies de un río ancho (Kathryn se refiere aquí al Río Grande). de noche los cantos amorosos de los lagartos sonaban claro y fuerte. Papá decidió tirar y pelar uno. Quería hacerse una correa y una bolsa del cuero de uno de estos animales. El y el hombre del apartamento de al lado bajaron la loma hasta el río una noche y mataron un monstruo. Comenzaron a destriparlo y pelarlo, pero el hedor fue tan terrible que toda el área hedía. No pudieron aguantarlo más y empujaron esa cosa hedionda de vuelta la agua donde sus propios hermanos se encargaron de comerselo.

En el próximo número de EPOCAS continuaremos con las memorias de Kathryn Dierkes Brewer cuando vivía en Diablo y luego al ser trasladada su familia a Gatún ■



Fachada de una de las escuelas de la vieja Zona del Canala la cual asistió Kathryn durante la construcción del canal. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer.